

AGUA SIEMPRE PLURAL,
AGUAS IMPARES

Jesús M^a García Calderón



**Jesús María
García Calderón**

(Badajoz, 1959)

En 1991 aparece su primer libro de poemas,

La Provincia, publicado en la colección Adonais tras obtener el Premio *Florentino Pérez Embid* de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Posteriormente obtiene algunos premios y publica *La moneda secreta* (Sevilla, Ángaro, 1995); *Un lugar en el norte* (Badajoz, Del Oeste Ediciones, 1998); *Hacer es destruir* (Sevilla, Ángaro, 2003) y *Los nudos de la vida* (Córdoba, Ánfora Nova, 2006). Al margen de distintos trabajos científicos ha publicado un breve cuaderno y algunos poemas con el heterónimo de Lorenzo de Ypiens y es autor de distintos ensayos, prólogos y otros trabajos sobre literatura contemporánea.

En 2001, la colección *La Gaveta* de la *Editora Regional de Extremadura* le publicó un volumen de relatos con el título *Los regalos sombríos*. En 2006, otra vez la *Editora*

Regional de Extremadura, dirigida por el poeta Álvaro Valverde, publicó en su colección de poesía su primera *Antología* bajo el título *La soledad partida* y con un trabajo preliminar del poeta granadino Antonio Carvajal.

Fiscal de profesión desde 1985, ha cubierto distintos destinos profesionales. Es el primer Fiscal Superior de Andalucía. Entre su labor doctrinal como jurista destacan diversos trabajos para la protección penal del Patrimonio Histórico Español y para la defensa de la Arqueología. Además, ha desarrollado funciones de cooperación internacional en países como Honduras, Colombia, Bolivia, Ecuador, Uruguay, Argentina, Méjico, Panamá o Macedonia. El pasado 29 de abril leyó su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes Nuestra Señora de las Angustias de Granada bajo el título *El derecho al futuro de la ciudad histórica*.

*...fies nobilium tu quoque fontium
me dicente cavis impositam ilicem
saxis, unde loquaces
lymphe desiliunt tuae.*

(HOR., Carm. 3, 13)

LOS TALLOS DE LA LLUVIA

Hoy han vuelto estas nubes
como negros veleros desolados
y empañan mis ventanas de nostalgia.
Vuelven desde un lugar que no comparte
mi ilusión por la tierra
y sin embargo vienen de los cielos,
vienen también de mí, de lo que cruza
cada noche mi frente de sospechas
como feroces brisas.

Una música tierna
se abruma con el tiempo de esta tarde
infeliz y trivial y entonces abren
su corazón los tallos
de la lluvia, tornaron
los rumores del cielo y han venido
templanzas, tengo un libro
abierto frente a mí como una vida
y las gotas se alzan
desde el cielo a nosotros.

Los tallos de la lluvia
limpian mi corazón, abren las horas,
son los tallos que trajó
este libro a mis días. Era un hombre,

quien lo escribió, que andaba
con luminosos ángeles de sombra
y unos ojos azules
con un agua frecuente
distinta de las lágrimas. No supe
decirle nunca aquello: Me han servido
para vivir sus versos. Tantas veces
vienen nubes oscuras y nos muestran
la patria desolada del olvido
que mis ojos recuerdan
al mirarlas un sueño
como la negra tierra de las aguas
de profundos abismos.
Nubes de la razón que siempre vuelven,
con su pesada carga de esperanza,
nubes de la razón, lento consuelo
que se alcanza en silencio
y es preciso guardar secretamente
en el lugar de atrás que nadie quiere
mirar, aquel que no promueve
el recuerdo siquiera,
allí donde responde
la soledad su canto interminable.
Los tallos de la lluvia todavía
limpian el corazón de sus heridas
con la justa nostalgia.

NOSTALGIA COMO EL AGUA

Me dijiste yo no tengo nostalgia
pero al mirarte supe
que tú solo sentías nostalgia,
que tú solo tenías nostalgia,
que tenías tanta y tanta nostalgia
que lo anegaba todo y confundía
el tiempo que vivías sin remedio.
Te rodeaba tanta nostalgia
que era casi imposible comprenderte
sin los ojos atentos del recuerdo.
Tú solo podías tener nostalgia,
tú solo querías sentir nostalgia
y aunque tú me dijeras sin mentirme
yo no tengo nostalgia, precisamente era
esa ingrata nostalgia que negabas
la que a ti te tenía.

EL AGUA DE LOS RÍOS

Me contaron qué fácil resultaba
conmover, que lo realmente difícil
es hacernos reír. Yo no quisiera
dudar pero este río,
pardo díos de la tarde
que cruza frente a mí como un regalo
bajo estos verdes prados de la vida,
que ha vestido de plata el sol de julio,
este caudal que marcha y que regresa,
que también permanece,
este río nos cuenta una verdad
que tampoco conmueve
ni nos hace reír, sólo devuelve
su cauce aquel silencio
sonoro que los años
hicieron más oscuro
hasta dejar de verlo en nuestros ojos,
cuenta el río un silencio sin nombre
de felices contornos y sencillos
ademanes y estas frescas riberas,
riberas como labios,
como maduros labios,
sé que son generosas

con muchachas que guardan
un montón de maldades en alcobas
ingenuas como ingenuas maldades;
riberas generosas con los hombres
recientes como el barro reciente
de alfareras vasijas,
con muchachos que tienen todavía
la infancia recogida entre sus manos
y no saben perderla
al mirarse en el agua.

Esas frescas riberas que me miran,
que me han mirado siempre,
que siempre mirarán mis esperanzas,
son una juventud que permanece
más allá de las cosas que perdimos.
Yo sé que estos caminos
cruzan el corazón, abren fronteras
que aunque llegan de lejos
estos caminos parten de nosotros
y es aquí, sobre el agua,
donde mejor sabemos lo que fuimos,
aquí puede sentirse claramente
el rumbo y el cansancio,
saber que perseguimos
lo mismo que las aguas caminantes
que cada noche llama el horizonte.

EL AGUA DE LOS DÍAS

Cuando todo acabó, cuando se dijo
que esta ciudad mantuvo su promesa
de cumplir su desdén, de hacerse necia
o hasta trivial, altiva
y acogedora, adversa como pocas,
cuando nada llegaba con sorpresa
y el Invierno ceñía
al tiempo en los hogares,
como en postales falsas,
llegaron los bondadosos copos.
Otra vez, sin reparo, el mismo albor
de la nieve cayendo lentamente,
otra vez el albor, esa dulzura
de los pasos ahogándose en el parque.
Era imposible ver algo más limpio
y unas horas después
toda era sucia y gris como el olvido.
Los hombres. Los camiones
repartiendo las rectas mercancías.
Los precavidos coches. Vagabundos.
Hasta el Sol de los niños.

Todos pisotearon
sin querer a la voz de su blancura.
En las nieves del cielo
dicen que nunca calla su misterio.

LAS AGUAS INTERIORES

Al partir era un niño preocupado
viajando solitario hasta el verano
de aquellos quince años. Me acompañó
primero la inquietud, después la soledad
y al final un aplomo de esperanza
como una sabia calma que prendía
en aquella estación envejecida
de los años setenta. La inquietud
eran los ojos tristes de mi padre
mirándome en silencio desde el lecho
justo al borde del llanto
aquel amanecer que me marchaba.
Una luz en sus ojos me enseñaba
que no debía marcharme sin quererlo
algo más de lo mucho
más que lo quería.
De algún modo acabó la despedida
sin acabar del todo
y se quedó perdida sobre el aire
fugaz de la ordinaria
mañana como un eco interminable.
Lo deje tan vencido que no supe
decir más que aquel beso,
que aquel roce suave de sus labios

enfermos, yo ocultaba
mi dolor en las cosas
vulgares que encontraba a cada paso
pero el peso de sus labios en mi rostro
lo tuve todo el tiempo sostenido
en la memoria inerte
sin poder evitarlo. En el trasbordo
llegó la soledad sin avisarme
quizá por detenerme y verme allí
cansado, casi insomne, contemplando
una sala de espera como aquellas
salas de espera grises y abatidas
o acaso por los labios de mi padre
marchiticos como ramas olvidadas
o acaso fue la fría
tendencia que mostraban mis sentidos.
En aquella mañana de verano
viajaba más allá de mi destino
buscando algunas lágrimas siquiera
que me explicaran todo. Y no venían.
Venía el atardecer y con su aroma
una sospecha abriendo dos mitades:
Una miraba al cielo de las cosas:
Otra sentía unos labios que me besan,
que me siguen besando y me despiden
después de arrebatarme la templanza.

LAS AGUAS MUERTAS

Se hace este extraño nudo de la vida
hilvanando algún sueño
y es que un día, sin saber bien porqué,
un sueño nos conmueve y nos traslada
al envés de la noche y otras vidas
afloran como pálidas lágrimas:
Yo contemplé una noche sin quererlo
sobre el caudal de un sueño
paisajes imposibles de mi vida
y había un agua profunda, un origen
que aún no he comprendido. Negras aguas
temerosas como sendas calladas,
he viajado por ellas
y parecían de tierra. Allí he visto
las almas familiares
que nunca conocí, que no han nacido
y que serán extrañas a mi vida
y sin embargo propias
como las viejas casas alquiladas
de los primeros años paternos.
El nudo de la noche es parecido
al recuerdo y proviene

de un lugar que no existe y sin embargo
es un lugar tan nuestro como el sueño
que nos lleva y devuelve cada noche.
Es igual que un fuente
escondida que calma
la sed de la existencia,
igual que esa palabra que no dice
la voz que la encontrara entre las cosas.

EL AGUA DE LAS NUBES

En todos los viajes hay río
no muy grande que nace en la partida:
Viajar es como un rito indiferente.
En cada amanecer hay un viaje.
Un viaje verdadero se emprende
con la ilusión de hacerlo
y a veces se termina suavemente
mucho tiempo después de nuestra vuelta
o ya antes de llegar, cuando el regreso
impaciente convierte
casi todo en una víspera inútil.
Quienes miran un río con los ojos
del alma, de algún modo
navegan por sus aguas.
Quienes miran las nubes en silencio
aligeran el peso de la duda,
casi flotan con ellas por el cielo
y van viajando inertes sin saberlo.
Quienes saben viajar miran la noche
igual que si miraran un espejo.
Miramos una isla muy pequeña
esta noche de Marzo en las doradas
aguas de Sacramento.

La miramos con sabia certidumbre,
como un hogar posible y yo te digo:
Encontramos los versos como cosas
perdidas y encontramos a veces
una tierra ignorada como un firme
recuerdo. Algo debe saber esta añoranza
de nuestra fiel derrota, algo sabe
el incierto viaje de nosotros,
como esas grandes manos invisibles
que acarician los olmos y parecen
sólo rumor de hojas, sólo brisa,
sólo brisa y ausencia.

LA HERIDA DE LAS AGUAS

Veo la herida del agua y el camino
del barro que inundaba las aceras.
Sigue siendo una estampa desolada
La de esta calle incierta que proclama
a pesar de los meses transcurridos
el terrible huracán, su firme paso.
Lentamente, el dinero
sobrante de los pueblos
seguros y aplicados de Occidente,
como el agua cayendo
desde la cuenca frágil de los dedos,
reconstruye la urbe atenazada
en este laberinto de impotencia.
Hoy flota este humo espeso y blanquecino.
codiciosos incendios
acosan la ciudad y el aeropuerto
ha cerrado y quebranta
el débil armazón de la República.
Todo queda prendido
de un dulce olor siniestro
y hasta muestran las ruinas de las casas
una cierta humildad. Va caminando

una mujer mayor con una bolsa
unos metros delante
y hay algo familiar en esos pasos,
una forma de ser, una ordinaria
visión que reconozco de inmediato.
Sí, esa mujer camina
como lo hace mi madre, quiero verle
el rostro pero el coche no detiene
su abrupto recorrer, vuelvo los ojos
y adivino su gesto, abre la puerta
de una casa sencilla que ha quedado
azarosamente alzada en un grieta,
en un pequeño abismo que recorta
su extraña condición sobreviviente.
Con la torpeza propia de los años,
con un cierto cansancio,
con medida cautela, sin mirarme,
abre la puerta y entra rodeada
de una digna entereza, el coche avanza
y no puedo siquiera preguntarle
que buscaban las aguas,
cómo puedo ayudarla, quien promueve
esta emoción que siento sin quererlo.

MEDITACIÓN DEL RÍO

Nos demostraba el río que el mar era posible
quebrando la provincia con su camino azul.
Recordaba la tierra antes de hacerse calle
y el tranquilo paisaje que cercaron sus aguas.
Sólo un puente cruzaba su inevitable paso
y un peligro acechaba escondido en sus labios.

El verano le daba el aire de un viajero.
Era el tiempo callado que marcha y que regresa.

REFERENCIAS

Los tallos de la lluvia fue publicado en el libro *Hacer es destruir* (número 134 de la colección Ángaro, Sevilla, 2003) y es un homenaje al poeta extremeño Jesús Delgado Valhondo. Del mismo libro, aunque con distinto título, el poema *El agua de los ríos*.

El agua de los días, poema dedicado al poeta Álvaro Valverde, fue publicado en su primera versión en el libro *Un lugar en el Norte* (Del Oeste Ediciones, Badajoz, 1998).

Los poemas *Las aguas interiores*, *Las aguas muertas*, *El agua de las nubes* y *La herida de las aguas* fueron publicados en su primera versión en el libro *Los nudos de la vida* (Ánfora Nova, Serie Poesía, número 28, Rute, 2006).

Meditación del río en su primera versión fue publicado en el libro *La Provincia* (número 484 de la colección *Adonais*, Madrid, 1991).

Otra versión de *Nostalgia como el agua* fue publicada en el número 79-80 de la Revista Ánfora Nova y en un breve fragmento del libro inédito *El asombro escondido* publicado por la asociación cultural *Norbanova* (Cáceres, 2010).

